

Entre el repudio a lo que fue, y el peligro de lo que viene: a propósito del resultado de la segunda vuelta en la Argentina

Roberto Gargarella

Las elecciones en la Argentina han resultado una sorpresa muy desagradable. La sorpresa, según entiendo, fue para todos, ya que — hace tiempo— mostramos dificultades para anticipar nuestros destinos políticos inmediatos: en esta elección y en las anteriores. Para comprender lo que digo conviene advertir que, en las elecciones primarias de agosto, la enorme mayoría preveía que saldría tercero quien salió primero (Milei, hoy elegido presidente); luego se previó, a partir de tal resultado, la victoria arrasadora de Milei en las elecciones de octubre, pero salió segundo (gracias a la totalmente imprevista victoria del oficialismo); e inmediatamente luego se previó la victoria del oficialismo (Massa) en la segunda vuelta (al punto que muchos solicitaron a Milei que ni se presentara en las elecciones del 19 de noviembre de 2023), cuando la derrota de Massa, sin embargo, resultó aplastante. Es decir, la sorpresa está allí, y nos acompaña desde hace tiempo.

Señalo también que la sorpresa de la elección fue desagradable, porque —todos lo advertimos también, con independencia de cómo hayamos votado— se ha decidido dar un salto al vacío, en dirección a un candidato sin equipos, sin preparación, sin experiencia alguna en cargos ejecutivos, con ínfimo conocimiento del Estado. Bastante peor que eso: se trata de una persona con evidentes desequilibrios emocionales, que eligió —él solo— hacer campaña, durante meses, con una “motosierra” en la mano —simbolizando que lo destruiría todo— mientras algunos de sus seguidores más cercanos festejaban sus éxitos parciales con imágenes de bombas estallando por doquier. Peor todavía: él, y sobre todo la vicepresidenta electa, han hecho una agresiva campaña en contra de uno de los pocos acuerdos que mantuvieron unido al país, en todos estos años de divisiones. Me refiero al pacto del “Nunca Más,” que básicamente significó —desde el fin del gobierno militar, en 1983— que la dictadura había cometido atrocidades inaceptables (masivas y gravísimas violaciones de derechos humanos) que debían ser castigadas por la justicia. A todo lo anterior, los victoriosos de ayer sumaron un desordenado conjunto de reivindicaciones provocativas, en nombre de un libertarismo sin consistencia ni rostro humano: no sólo elogios militares condenados por violaciones de derechos; sino también burlas al feminismo y a las políticas inclusivas; un fuerte activismo anti-abortista; desprecio por las ampliaciones de derechos (Milei ha hecho frecuente campaña “en contra” del valor constitucional de la “justicia social”), y consignas fuertes, pero sin apoyo, en favor de la dolarización y el

cierre del Banco Central —dos políticas que, en la Argentina, requerirían de una reforma constitucional, para poder ser llevadas adelante.

Lo dicho recién llama la atención sobre otros datos relevantes, para entender lo que viene: Milei tendrá en la Cámara de Diputados unos 39 diputados, que lo colocan a 90 diputados de distancia para poder siquiera dar comienzo a una sesión en la Cámara Baja. A tales diputados propios, Milei podría sumarle unos 41 adicionales, provenientes del partido del expresidente Macri (el Pro), que le ha dado apoyo (aunque allí también aparecen fuertes divisiones internas). De ese modo, sin embargo —con los 80 diputados sumados, de ambos grupos—, el presidente electo seguiría estando muy lejos de contar con un *quorum* propio. Ni qué decir en el Senado, donde sólo tendrá ocho senadores de su partido, del total de 72 que tiene la Cámara (la cual cumple un papel central, por ejemplo, para la designación de los jueces de la Corte Suprema, o de personal central del Servicio Exterior). En definitiva: aritméticamente, el elenco más votado se verá en enormes dificultades para llevar adelante cualquiera de las políticas extremas, radicales, que ha anunciado y ratificado anoche, en el primer discurso pronunciado por el presidente electo, luego de conocidos los resultados. El 19 de noviembre de 2023, en efecto, Milei prometió ¿“cambios drásticos, sin gradualismos”? ¿Cómo podrá hacerlo, sin aval legislativo? Todo lo cual resulta en extremo preocupante, porque el enojo y hastíos sociales muestran niveles también altísimos: no hay voluntad de “esperar” demasiado, ya que se demandan políticas drásticas y soluciones para mañana mismo.

Este último punto merece también una reflexión especial, porque nos refiere a una de las “enseñanzas” más importantes de la elección de ayer. Esa enseñanza tiene que ver con la certeza e intensidad de los rechazos. Ambos candidatos tenían índices mucho más altos de rechazo que de apoyo. Se eligió, entonces, a quién rechazar primero y más intensamente. En este sentido, lo que el resultado del 19 de noviembre de 2023 parece expresar es un rechazo muy profundo al gobierno actual. Rechazo a un gobierno que exhibió un discurso social, contradicho siempre por políticas de “ajuste” económico severo; o un discurso de solidaridad, contradicho en cada caso por políticas de “privilegios” para los propios (tal vez, de modo más notable, en los tiempos de pandemia, cuando los funcionarios más prominentes del gobierno —comenzando por el presidente— eludían alegremente las prohibiciones estrictísimas que imponían sobre todo el resto; o se aplicaban las vacunas salvadoras a sí mismos, en secreto, y antes que a todo el resto). Pienso, también, que la elección de ayer nos refiere a un repudio muy intenso, frente a lo que significaron veinte años de “kirchnerismo”, con sus políticas de retórica inflamada y épica de derechos humanos, contrastadas con prácticas de espionaje a la oposición; manipulación y ataques a la justicia (mientras gritaban *lawfare*); o vínculos con todas las “mafias” y corporaciones preparadas que saqueaban al Estado desde adentro. Cualquier cambio y esperanza futura necesitará, según entiendo, de una reconstrucción política y de una clarísima autocrítica, cambios y actitudes que, en verdad, hoy no parecen esperables, a pesar de ser tan relevantes, tan necesarios.

Lamentablemente, creo que llegan tiempos todavía peores de los que hasta aquí hemos vivido. No por lo que el nuevo presidente pueda hacer, ya que —como señalé más arriba— él contará con chances muy bajas de llevar adelante cualquier política; sino a partir de esa misma imposibilidad. Porque será tiempo de resistencias (entien-

do, en muchos casos, que se tratará de bloqueos legislativos justificados), y eso generará más frustración, y más enojo social. Hoy, los números legislativos no aparecen propicios para posibilitar política o reforma alguna, pero sí parecen suficientes para remover al presidente a través de un juicio político.

Es ese caos —el del gobierno que no puede hacer, el de la oposición que está dividida y es rechazada, el de una sociedad ansiosa y sedienta de cambios que parecen imposibles— el que anuncia un peligro, el que nos da miedo.